

Luis Vargas Rozas (*)

Evocación de Juan Francisco González



L tiempo en su medida de un siglo destaca la figura de este gran pintor Juan Francisco González con los relieves de un maestro de alta categoría. Su vigorosa personalidad, la riqueza de su temperamento y la extraordinaria fecundidad de su obra lo definen como al artista más completo que haya dado esta tierra y entre los mejores que haya producido América.

Su obra y el ejemplo de su vida, toda consagrada al arte, ha sido valiosa lección para las generaciones de jóvenes artistas que él formara y que ahora le veneran como al maestro más genuino de la pintura chilena.

Desde muy temprana edad siente el llamado del arte, vocación que sus padres estimulan y cultivan. Junto con su hermano Simón, después célebre escultor, empieza a modelar la arcilla en el taller del profesor Manuel Tapia, hasta que un desgraciado e injusto discernimiento de un jurado, que desconociera sus méritos, afecta de tal manera su sensibilidad adolescente, que abandona para siempre el modelado en barro y se dedica por entero a pintar. Tiene 16 años y desde entonces hasta su muerte pinta todos los

(*) Director del Museo Nacional de Bellas Artes.

días con fervor y pasión inigualada, dejando a la posteridad una obra prodigiosa, honra de su nombre y gloria de su patria.

Como todo espíritu inquieto, de joven comienza sus andanzas por el mundo. A los 26 años se marcha a Bolivia y al Perú, donde pasa cinco años viviendo y pintando. De aquella época, pocas son sus obras que se conservan, muchas perdidas o abandonadas en su vida vagabunda.

A las 34 años emprende su primer viaje a Europa. Un barco de la marina chilena lo deja en las costas de Francia. Durante un año vive la maravillosa aventura de París, se prende de su encanto y para siempre quedará hechizado de su genio y gracia.

De vuelta a Chile en un incendio pierde todo cuanto había pintado en Francia, pérdida irreparable, porque su obra queda truncada de ese momento, que le marcará la influencia de las corrientes renovadoras del movimiento impresionista, entonces en plena efervescencia.

Su pintura levanta violenta reacción en el ambiente artístico chileno, detenido en un concepto falso de clasicismo académico y por primera vez se le tilda de "impresionista", portador del arte decadente francés. Defiende las nuevas tendencias del arte con mayor ardor y pasión que sus detractores, fustigando a sus enemigos, orientando a los equivocados, divulgando las nuevas teorías sobre el "aire libre" con que los impresionistas franceses animaban el arte, entonces en suspenso.

Mueve y remueve el ambiente artístico pintando, hablando y escribiendo, hasta que nuevamente se marcha al Perú, donde realiza uno de los períodos más magníficos de su producción y donde su inconfundible personalidad alcanza ya los límites de la maestría.

Por última vez, en 1906, vuelve a Europa, terminando así el itinerario de sus peregrinaciones. Se radica en definitivo en su país, compartiendo su vida austera y laboriosa entre su taller situado en una de las barriadas más pintorescas de Santiago y su casa campesina de Melipilla. Vive con el pueblo del que nunca se aparta, aquí,

en la ciudad, entre ferroviarios y cargadores y allá, junto a labradores y campesinos.

En la Escuela de Bellas Artes la anodina y fría "clase de dibujo" la transforma en un viviente taller de trabajo; el modelo colocado en el centro de una inmensa sala rodeada de grandes tableros para dibujar a "tamaño natural". El maestro se pasea continuamente, sus clases son interminables charlas sobre arte, anécdotas de artistas, recuerdos de viajes, a veces, breves indicaciones al pasar entre los caballetes. Su lenguaje es conciso, inteligente, espiritual, irónico, bondadoso y sus observaciones son siempre justas y acertadas, precisas para afirmar una verdad o corregir un error. Inculca a sus alumnos el concepto grande de la forma, en el sentido humano y eterno que ella tiene, evitando el detalle que entorpece para llegar a lo esencial y a la síntesis, porque toda obra de arte es esta esencia, construida y organizada.

Es a Francia que el maestro Juan Francisco González debe su formación artística, porque le toca vivir en el movimiento impresionista de fines de siglo y aprovechar su lección, lo que tiene evidente importancia en la formación de su propia personalidad, tan fuerte y definida, que no logra identificarse con ninguno de los maestros de este movimiento renovador, sino, al contrario, es una expresión diferente. Francia lo sitúa en su tiempo, lo enfrenta con el problema de su época, aceptando la responsabilidad de su obra creadora. No tiene semejanzas ni afinidades con ninguno de los impresionistas franceses, pero sí, se reconoce en su obra la similitud que da el mismo problema, la misma búsqueda y el mismo momento.

Es el paisaje de su patria y, especialmente, el del valle central, que le proporciona los elementos para expresar su mensaje. Tiene predilección por los arrabales de pueblo, las carreteras abandonadas al sol, los rincones de huertos, los jardines rústicos y las flores y las frutas. Pinta muchos retratos, mozas de pueblo, algunos de ellos admirables por su frescura y espontaneidad, que son la característica de toda su obra. Siempre aborda pequeñas o medianas di-

mensiones, porque la grandeza la concibe en escala. Su paleta es sensual, policromada y armónica, pletórica de finos e inesperados matices y toda su obra guarda unidad, en el sentido del color y en la interpretación de la luz. A menudo desdeña la representación del objeto exterior, sacrifica el dibujo y exalta el color. Llega a veces a tal euforia, que sus cuadros cuando representan flores, son como fulgurantes llamaradas. Es un mago de la paleta, sin fáciles recursos de técnica o factura. Su pintura es esencialmente plástica, campo del que nunca se evade. Sus cuadros no tienen leyenda, ni cuentan historias, pero ¡qué honda y pura poesía emana de cada uno de ellos!

Pinta el paisaje de su tierra sin alarde de hacer arte nacional. Busca la pintura donde ella se encuentra. Sin embargo, don Juan Francisco es el exponente más auténtico y racialmente chileno de toda nuestra pintura. Si los clásicos le enseñan las leyes eternas e inmutables del arte, y Francia lo pone frente a la realidad de su tiempo, es en Chile donde toma contacto con las raíces profundas de su tierra y donde realiza su destino.

Ahora, en este momento, a los cien años que viniera tan insigne pintor a la luz del paisaje de Chile, sea esta evocación el homenaje más puro que sus discípulos y amigos rinden al maestro, querido, venerado y admirado.